

Si tienes que sufrir, sufre con paciencia

Fernando Torre, msps.

Todos sufrimos. Tarde o temprano, de una forma u otra, el sufrimiento llega a nuestras vidas: una enfermedad, la muerte de un ser querido, una persona que nos incomoda, pobreza, ancianidad, trabajos pesados o minuciosos, un deseo frustrado...

Aunque de ordinario experimentemos paz y alegría, difícilmente habrá un día sin que tengamos que padecer por conquistar algo o por vencernos en algo, o a causa de algo o de alguien.

Concepción Cabrera le dice a su hija Teresa de María: «Si tienes que sufrir, sufre con *paciencia*»¹. Qué útil consejo. Cuando sufrimos, si no tenemos paciencia, y buscamos a toda costa sacudirnos cuanto antes el sufrimiento, solo conseguiremos aumentarlo. Y, al contrario: la paciencia aminora el sufrimiento y lo hace más llevadero.

La paciencia sirve para todo, pues todo tiene una dosis de sufrimiento: paciencia conmigo mismo, por mis limitaciones, mi ignorancia...; paciencia para con los demás, por sus imprudencias, sus errores...; paciencia para con Dios, por ser tan diferente a mí, por su tardanza en responder a mis súplicas...; paciencia en la incertidumbre, en la espera sin término, en las circunstancias adversas o inesperadas...

La paciencia me da la capacidad de soportar un sufrimiento físico o moral a lo largo del tiempo, sin que me deprima o me enferme, sin que me desespere o me encienda y agreda a los demás.

Necesitamos paciencia para sobrellevar el sufrimiento; pero solo llevando un sufrimiento durante algún tiempo se desarrolla nuestra paciencia (cf. St 1,3).

En la Biblia, varias veces encontramos la expresión: «paciencia en el sufrimiento» (Rm 12,12). Y, si el sufrimiento es grande y el tiempo se alarga, necesitaremos una paciencia mayúscula, sostenida por humildad, fortaleza y esperanza; una paciencia que solo el Espíritu Santo puede darnos. ¡Pidámosela!

¹ Carta escrita el 23 octubre 1911, en Cartas a Teresa de María, México 1989, 115.